

Armando González Torres

Las guerras culturales de Octavio Paz

Colibrí (Vino tinto), México, 2002, 167 págs.

Rafael G. Vargas Pasaye

La figura del intelectual mexicano Octavio Paz (1914-1998) ha sido motivo de frecuentes investigaciones. El legado que dejó el Premio Nobel de Literatura 1990 es por demás generoso en todos los espacios donde participó.

Armando González Torres (ciudad de México, 1964) se apunta en la lista de investigadores no como uno más, sino como alguien puntual y atento no sólo a la obra, sino al desempeño en cuestiones políticas, diplomáticas, educativas, sociales y, por supuesto, culturales del autor de *El arco y la lira*.

Las guerras culturales de Octavio Paz, con el cual González Torres ganó el Premio Nacional de Ensayo Alfonso Reyes en su edición del año 2001, se compone de cuatro capítulos más una introducción, un epílogo y una sección al final con las notas al pie de página, lo que hace más ágil la lectura del texto, y si se desea puntualizar, basta ir a esa parte para tener una amplitud acerca del comentario o del párrafo a que hace referencia el ensayista.

En el primer capítulo encontramos a un Paz en su adolescencia, en sus pasos iniciales, los cuales fueron firmes y siempre con la convicción del inteligente hombre de letras que ya apuntaba hacia las alturas en su medio. Un Paz creativo y creador, estimulando las publicaciones, ya fuera con la inauguración de una nueva o con participaciones en las ya existentes. Por su parte, en el capítulo dos, felizmente titulado *Octavio Paz y el 68*, recae el peso de una de las hipótesis de González Torres. El 68 como año detonador en la vida pública e intelectual del autor de *Piedra de Sol*: “Si bien desde su más temprana juventud Paz emprendió una batalla para proyectar socialmente la figura del poeta y alcanzar el

reconocimiento internacional, fue a partir de 1968 cuando se transformó en el más controvertido animador de la cultura y el pensamiento del país y en uno de los intelectuales más connotados en el mundo. Paz asimiló, rechazó y renovó el discurso nacionalista para insertarlo en un mapa universal de la cultura; buscó redefinir la función social del artista y defendió el albedrío y las libertades personales frente a los imperativos políticos”.

La voz de González Torres se escucha no sólo imparcial, sino que lleva un tono serio y analítico, construye las ideas claras y precisas y las da a entender así. En el capítulo tres, en un orden cronológico, continúa con la década de los setenta, pues ésta consolida a Octavio Paz en la palestra nacional y mundial; allí proyecta su opinión a través de los medios de comunicación.

A su vez, entra en ciertas “batallas”, algunas por demás interesantes, con personalidades de diferente alcurnia; empero, fueron pocos —entre los más destacados: Carlos Monsiváis, Héctor Aguilar Camín y Enrique Semo— los que se atrevieron a hablar de tú a tú con el autor de *El ogro filantrópico*, con lo que lograron crear un verdadero debate de ideas. González Torres señala de manera precisa este fenómeno cuando escribe: “Entre Monsiváis y Paz existía una profunda distancia en la concepción de la figura del intelectual y su papel en la sociedad: contra el paladín de las libertades, el filósofo de la sospecha y la ironía”.

El último capítulo del libro que ocupa este comentario, da nota de lo ocurrido con Octavio Paz en las décadas de los ochenta y noventa, y esta parte del texto donde con mayor lucidez el también ensayista y también poeta rememora el perfil político e ideológico del autor de *Libertad bajo palabra*. Llega incluso la investigación hasta el levantamiento de 1994 en el estado de Chiapas por parte del Ejército Zapatista de Liberación

Nacional, y la opinión del (para la época) experimentado y longevo Octavio Paz.

A lo largo de la investigación, González Torres retoma la importancia de las dos grandes trincheras de Paz: *Plural* y *Vuelta*, así como también entiende, desde el punto de vista de la poesía, las batallas que libró Paz a lo largo de su vida dentro de esa élite intelectual donde contaba, como pocos, (para citar al ganador del mismo Premio Alfonso Reyes en una edición anterior: Leonardo Martínez Carrizales) con la gracia pública de las letras. Esto debido al conocimiento de ese género —la poesía— de parte de González Torres: *La conversación ortodoxa* (Aldus, 1996), *La sed de los cadáveres* (Daga, 1999) y *Los días prolijos* (Verdehalago, 2001) son su respaldo.

Sin lugar a dudas, *Las guerras culturales de Octavio Paz* no será una aportación más a las ya habidas sobre la vida y obra de nuestro Premio Nobel de Literatura, sino que se contará como un estudio serio, puntilloso, exacto, pero sobre todo imparcial y puntual, para un entendimiento mejor de la coyuntura social y política que enfrentó Paz a lo largo de su vida, máxime cuando quien lo firma goza de una credibilidad protegida por el trabajo y la experiencia. Una suma de ensayos que nos demuestra que ese género tiene una importancia vital por la investigación y la propuesta que se debe rescatar de las superficialidades y las criticoneerías de resentimientos superfluos que sólo enturbian y crean distracción para las verdaderas aportaciones, como este libro de Armando González Torres. ✽

Ulises Zarazúa

Baños de pureza

Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2002, 140 págs.

Gonzalo Lizardo

Al leer *Baños de pureza*, de Ulises Zarazúa, nos embiste una pregunta cuya obviedad resulta, entonces, casi

escandalosa: ¿por qué, si el excremento constituye un producto ineludible de nuestro existir, ha sido un tema tan evadido por nuestra literatura? Aparte de Don Quijote y Leopold Bloom, son contadísimos los personajes literarios que orinan y cagan como cualquier cristiano de carne y hueso –no en balde, algunos teólogos gnósticos cuestionaban la naturaleza humana de Cristo, puesto que en la Biblia jamás se menciona que haya frecuentado un baño–. Acaso esta vergüenza hacia nuestros desechos fecales esté vinculada con nuestro terror a la muerte o con nuestros interdictos sexuales: se ocultan las heces como se entierra a los muertos o se esconden las parejas para copular. Así lo sintetiza un personaje de Zarazúa: “La higiene obsesiva de los baños de supermercado siempre me ha parecido inhumana: huele a todo menos a persona [...] ¿No es ridículo? Si lo humano y sus olores pueden ser ocultados bajo un aromatizante, luego entonces olvidaremos que somos mortales; y la muerte también apesta” (pág. 112).

Este ocultamiento de los hedores se explica porque el hombre edifica su *humanidad* delimitando prohibiciones: límites entre lo higiénico y lo sucio, lo luminoso y lo oscuro, lo prohibido y lo permisible. Por ello, al entrar a un baño se ingresa a otro mundo, íntimo y casi sagrado de tan vergonzoso. Sobre todo en la modernidad, este recinto se ha convertido en un santuario donde eliminamos la suciedad de nuestra piel, o el hediondo fruto de nuestra digestión, tal como antes evacuábamos nuestros pecados en el confesionario. El hombre se vuelve centro de la creación desde el momento en que, incluso para defecar, se sienta en un *trono*.

Casi todos los cuentos que conforman este volumen –ganador del Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola 2002– dramatizan esta idea del baño como umbral entre el

mundo de lo cotidiano y el universo de lo extraordinario: el sitio, por tanto, donde ocurren los rituales más transgresores: ahí, Lucrecia se excita afeitando la barba de sus amantes; ahí, el intendente Epigmenio se libera de sus prejuicios homofóbicos para imaginar los atributos viriles de un apuesto licenciado; ahí, el voyeurista Bermúdez espía a sus compañeras de trabajo hasta construir mentalmente una imagen de la belleza ideal y sobrehumana. Más explícito resulta “Manus dei”, un sórdido relato que nos presenta a un hombre cuarentón y a su joven amante cocainómano, que encierran en el baño a una bestia y la alimentan con carne de niños para alcanzar una revelación mística que los unirá por siempre. La inmoraleja es clara y perversa: en ese oratorio protervo, donde confluyen homosexualidad, drogadicción, asesinato y deslealtad, es posible acceder a la sabiduría, aunque sea maldita.

Por tanto, si en el baño es donde creemos evacuar toda nuestra inmundicia, de ahí brotarán, tal vez, nuestras más reveladoras pesadillas. Así pueden interpretarse las apariciones del “Letrinero”, ese demonio con piel serpentina que durante la Nueva España acostumbraba emerger de las letrinas para ayuntarse con las mujeres que ahí acudían. Y lo peor es que ellas “lo buscan después de la primera vez; las pierde y se desverguenzan, pues comienzan a protegerlo. Con la mano en el libro santo júrole a Vuestra Merced, Profesor Comillas, que de un espíritu incubo trátase” (pág. 100). Escrito a la manera de los eruditos del siglo XVIII, este relato construye una alegoría acerca de nuestra inconsciente fascinación por todo aquello que rechaza nuestro consciente. El hedor de nuestras heces prefigura el aroma de nuestro propio cuerpo, una vez que la muerte lo entregue a los brazos de la corrupción. Y esta conciencia de nuestra propia muerte azuzará, por

tanto, nuestro apetito de vida, pasión y sensualidad.

En el cuarto de baño se ubica entonces la frontera donde los extremos se tocan: bañera de los amantes, tabernáculo del crimen, semillero de demonio, antesala de la utopía. Y esto nos conduce al texto que constituye, para mi gusto, el centro y la síntesis del libro. “Tunelistas” testimonia los esfuerzos que emprende un grupo de hombres y mujeres por edificar una utopía en los inmensos albañales de una gran ciudad. Animados por la consigna de que “arriba todo es una mierda, la mierda de abajo es mejor” (pág. 28), los tunelistas deben luchar no sólo contra la inmundicia, la humedad, la falta de luz y alimentos, sino también contra las ratas y contra su propia progenie. Lo que nació como esperanza redentora, parece como farsa revolucionaria o carnaval antropófago.

Además de consagrar un paródico homenaje al pensamiento de Charles Fourier, este memorable cuento demuestra la habilidad de Ulises Zarazúa para conjugar un argumento imposible con una ejecución artesanal impecable. Y, de paso, refuta la reseña que aparece en la solapa del libro: acaso el estilo de Zarazúa sea “sintético”, pero jamás “directo”. Con la adopción de múltiples timbres y registros de habla, con su versátil manejo del tiempo y los espacios dramáticos, con su siniestro vaivén entre humor, ironía y dramatismo, el autor consigue inducir múltiples, *indirectas* lecturas. Como en los mejores textos barrocos, la aparente transparencia es un artificio más: aquel que disimula el arduo mecanismo de estas fábulas –de estos cuentos que, escatológicos, desenmascaran nuestras higiénicas falacias y nos revelan el penetrante hedor de nuestra alma, impura y mortal. ♣